

**POR EL CAMINO DE LOS IMAGINARIOS
LA IDEOLOGIA DE LA OCUPACION EN CHILE EN EL SIGLO XIX (*)**

JORGE PINTO RODRIGUEZ
Departamento de Humanidades
Universidad de La Frontera
Temuco - Chile

Durante la segunda mitad del siglo pasado el gobierno chileno ocupó la Araucanía, incorporando definitivamente a su territorio una región que había conservado cierta autonomía. En nuestra opinión se trató de un proceso violento, cuyos efectos pesaron negativamente sobre los mapuches. Su punto de partida habría sido la crisis del 57 y su última expresión, la política reduccional que redujo el escenario en el cual los indígenas se habían conservado. En esta ponencia se examinará el discurso elaborado por los grupos interesados en ocupar la Araucanía con el propósito de demostrar que en el siglo pasado fue imposible que el país abordara el “problema” de Arauco por una vía distinta de la que adoptó. Intentaremos probar también que en este discurso se confunden los intereses económicos con los imaginarios que ciertos sectores sociales han elaborado y socializado en el país. La evidencia documental la encontramos en artículos y comentarios aparecidos en el Ferrocarril de Santiago, El Mercurio de Valparaíso, la Revista Católica y otros escritos de la época (1850-1860).

A modo de síntesis, podríamos adelantar que este discurso contuvo cuatro elementos fundamentales: la idea de la soberanía nacional, la tesis de la raza inferior, el país acosado y ultrajado y la teoría de la raza superior.

Sobre la base de estos elementos se presentó la ocupación de la Araucanía como una necesidad que el país no podía postergar. Más allá de esta convicción, expresada con fuerza por sus autores, queremos terminar nuestra exposición haciendo algunos comentarios sobre los desencuentros que han existido en nuestra historia a propósito de nuestra incapacidad para mirarnos como somos y no como lo sugieren nuestras fantasías. Se trata de volver sobre la historia que empieza en el siglo XVI y que, de algún modo, todavía pesa 500 años después del viaje de Colón.

Una serie de factores se conjugaron, a mediados del siglo pasado, para que el gobierno central decidiera ocupar la Araucanía. La guerra civil de 1859, los movimientos indígenas de ese mismo año, la presencia de Orelie Antoine y la evidente necesidad de ocupar tierras agrícolas para satisfacer la demanda de los mercados internos y externos, jugaron un papel que nuestra historiografía ha considerado en los últimos años (1). Sin embargo, hay dos hechos en los cuales se ha reparado menos: la crisis de 1857 y la actitud de los inversionistas nacionales, seriamente afectados por la crisis y la competencia de los agentes ingleses que empezaban a llegar a Valparaíso. En nuestra opinión, ambos fueron decisivos en el curso que tomaron los sucesos, actuando como gatilladores frente a un proceso que ya se venía anunciando.

En este trabajo no insistiremos en esos planteamientos. Nuestro propósito consiste en examinar lo que podríamos llamar la “ideología de la ocupación” o los principios en los cuales se apoyaban los partidarios de ésta para justificar su propuesta. A través de su análisis esperamos acercarnos a los imaginarios que han rodeado nuestra historia, impidiendo que actuemos como somos, sino, más bien, como creemos que somos. El

hecho podría ser puramente anecdótico, si no tuviera otra connotación. Lamentablemente, no es así. Un asunto que ha hecho confrontacional nuestra historia, y en particular, nuestras relaciones con las minorías étnicas que sobreviven en Chile, ha sido esta incapacidad para salir de nuestras utopías y no vernos como somos, haciendo más difícil nuestra mirada al “otro” que comparte con nosotros el suelo que habitamos. A la larga, nos hemos quedado sin verle y, cuando lo hemos intentado, una nebulosa se ha cruzado frente a nuestros ojos tornando muy difusa las imágenes. Un factor distorsionado^ en el siglo pasado, fue la ideología de la ocupación.

Su estudio debería ayudarnos a comprender mejor lo que ocurrió con las tierras de la Araucanía y con los hombres que vivían en ella. Y remarcamos comprender, pues de eso se trata: es una forma de evitar que nos comportemos como jueces que juzgamos desde un tiempo diferente y con una óptica distinta. Por severos que parezcan los juicios de algunos sujetos que proclamaban la ocupación hace cien años, no creemos que se trate de individuos perversos o por vocación etnocidas o genocidas. La forma de mirar las cosas en el siglo pasado los llevó por una ruta que no admitía la diversidad y el respeto por quienes eran diferentes. Los resultados fueron una política reduccionista y asimilacionista que dejó a los mapuches en condiciones más precarias que en los tiempos de la colonia.

Con esto, no queremos desconocer que se trató de una ideología al servicio de una causa —la ocupación— y, por tanto, contaminada con el propósito de justificar lo que se quería hacer. Sin embargo, en el juego de las

(*) Esta ponencia forma parte de un trabajo mayor titulado “Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX”, que elaboramos gracias al apoyo de la Universidad de la Frontera y CONICYT, organismos que financiaron el proyecto de investigación Misioneros y mapuches, 1550 - 1900, que permitió su realización. Por razones de espacio hemos excluido aquí las críticas a la ideología de la ocupación, principalmente de la Revista Católica, otras opiniones de la época y la voz de los indígenas, recuperada de cartas y testimonios, que comentamos en el trabajo antes mencionado.

argumentaciones y, más allá del fin que se perseguía, los hombres fueron descubriendo las percepciones que tenían de sí mismos, de la sociedad nacional y de los indígenas. Afloraron las utopías, los imaginarios y los proyectos que nos colocaban en la senda de una cruzada que la humanidad tendría que agradecer. Los ideales de progreso y la ansiedad por alcanzarlo nublaron la vista e hicieron a los hombres pensar las cosas de un modo distinto a como son o creemos que son.

Examinado el problema a la luz de lo que escribieron los comentaristas del Mercurio de Valparaíso y el Ferrocarril de Santiago y sus corresponsales en el sur, se podría decir que cinco fueron los imaginarios en los que se apoyó la ideología de la ocupación. En primer lugar, la formulación de una especie de destino manifiesto que asoció nuestro futuro al sur de Chile. Desde los tiempos de O'Higgins, que murió clamando por Magallanes, hasta los tiempos de esta historia, algunos hombres fueron madurando la idea de que el destino del país estaba en el sur. Aunque aquí no lo desarrollaremos explícitamente, el lector se encontrará con textos que apuntan en esa dirección.

Un segundo planteamiento tiene relación con la convicción que se tuvo en el siglo pasado de constituir un país en el cual no cabía la diversidad. El gobierno debía sentar soberanía en todo su territorio y quien no estuviera dispuesto a someterse, vería recaer sobre él todo el peso de la fuerza. Era el sueño de la unidad, muchas veces al servicio de grupos sociales o regionales que se han valido de éste para imponer proyectos excluyentes y anuladores de la diversidad.

A su lado estuvo la certeza de que los indígenas constituían una raza inferior, un animal de rapiña a quien se tenía que civilizar. Civilización o barbarie, ese era el dilema. El imaginario hizo ubicarse a los chilenos en el lado de la civilización y a los mapuches en el de la barbarie. Ocupar sus tierras y reducirlos, era, pues, una cruzada ineludible, más aún si los indígenas acosaban a Chile.

Respecto de lo último, la historia se contó casi exactamente al revés de como ocurría. Se presentó a Chile amagado por los mapuches y ultrajado por sus tropelías. Si civilizarlos era un deber, castigarlos era un acto de justicia. Al dilema de la civilización, se agregó, así, el de Chile o los salvajes. De este modo, se conjugaba una curiosa percepción del problema. Los hombres del XIX no dudaban que las tierras de la Araucanía pertenecían a Chile, pero sus pobladores no. Con este criterio, la ocupación de las tierras no merecía reparos y el castigo a los indígenas importaba muy poco, pues no era a chilenos a quienes se amenazaba. Al fin, esta forma de ver las cosas terminó negando a los verdaderos dueños de la Araucanía el derecho a vivir y crecer en su propio suelo.

Por último, maduró la idea de que el blanco

pertenecía a una raza superior que debía cumplir la misión histórica de regenerar a la especie humana. Quienes así pensaban, se ponían, por supuesto, en el lado de los blancos. La pigmentocracia descubría otra de nuestras utopías, la negación de nuestro origen indígena y la muerte de sus resabios cuando frente al espejo no quedan dudas acerca de lo que somos: un pueblo mestizo en el cual lo indígena sigue reclamando su espacio.

La muerte del mapuche era la muerte del "otro", la extinción del sujeto al cual no queremos parecemos: era la negación de lo que no queremos ser, era burlar, por la violencia, una realidad que de pronto parecía angustiarnos. Los dos Chile que se imaginaron algunos hombres de la época, eran uno solo, era ese país complejo y diverso que se negaba a ver y que dolía cuando los rasgos indígenas asomaban, sin poderse ocultar.

1. El problema de la soberanía nacional.

Uno de los argumentos más socorridos por los sectores interesados en la ocupación de la Araucanía tuvo relación con lo que ellos consideraban un deber del país: sentar soberanía en todo su territorio. La idea apuntaba a tres asuntos: que el gobierno hiciera respetar sus decisiones en la zona, que los indígenas dejaran de dividir el territorio nacional, interrumpido por ellos entre el Bío- Bío y el Toltén, y, evitar que una nación extranjera se aprovechara de esta situación para invadir la Araucanía.

El gobierno, se decía en un artículo publicado en enero de 1856, debe constituirse en el verdadero poseedor de Arauco, la parte "más bella y fértil de nuestro territorio, habitada por hordas de salvajes y que no tienen reparo alguno en cometer actos de barbarie y brutal violencia, que por su impunidad hacen ilusoria y nula la autoridad que el gobierno pueda tener sobre ellos" (2).

Podrían los indígenas, agregaba más adelante, atacar a un barco extranjero, cuyo gobierno exigiera al nuestro algún tipo de reparación. Al no poder otorgarla, por no alcanzar su autoridad hasta esa zona, se exponería a perderla por el derecho que adquiriría aquel país de hacerse justicia por sí mismo. Una vez que el salvaje ha empuñado la pica, decía el Mercurio, es difícil que la abandone, porque ya ha sentido el olor de la sangre. Las consecuencias de esta conducta podrían ser irreparables para el país.

Si los indígenas no reconocen hoy nuestra soberanía, mañana un pueblo extranjero invadirá su territorio (3). Hasta allí no alcanza el brazo de nuestra autoridad y la acción de la justicia enmudece ante las lanzas de la barbarie (4). Chile debe ocupar la Araucanía y de paso resolver el problema de la unidad territorial.

El Mercurio, que siempre mezcló los argumentos, lo expresó de la siguiente manera:

“No se trata sólo de la adquisición de algún retazo insignificante de terreno, pues no le faltan terrenos a Chile, no se trata de la soberanía nominal sobre una horda de bárbaros, pues esta siempre se ha pretendido tener: se trata de formar las dos partes separadas de nuestra República un complejo ligado; se trata de abrir un manantial inagotable de nuevos recursos en agricultura y minería; nuevos caminos para el comercio en ríos navegables y pasos fácilmente accesibles sobre las cordilleras de los Andes... en fin, se trata del triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la humanidad sobre la bestialidad” (5).

Hombres y territorios, eso era lo que se quería poner bajo la soberanía del país. El argumento parecía más convincente si se agregaba que el país había generado las condiciones para lograrlo. El ejército permanecía inactivo, la empresa parecía ser de consenso y las tropelías cometidas por los araucanos no permitían postergar la ocupación. Chile debía sentar soberanía en todo su territorio.

2. La teoría de la raza inferior.

La idea de ocupar la Araucanía se apoyaba también en la convicción de que los mapuches constituían una horda de salvajes, miembros de una raza inferior que no cambiaría sus costumbres y que se hacían merecedores de una campaña en su contra. Tal como se decía en el artículo que acabamos de citar, la lucha se presentó como una cruzada entre la civilización y la barbarie, la humanidad y la bestialidad.

El europeo nunca tuvo buena imagen del indígena. La no correspondencia a los patrones culturales europeos y la resistencia al cristianismo fueron consideradas expresiones de inferioridad que desató una actitud de discriminación negativa, permanentemente manifestada por los conquistadores, colonizadores y misioneros. En la Araucanía, los franciscanos encabezaron la postura anti indígena en los siglos XVI y XVII; más tarde, decidieron abandonar la región convencidos de que la conversión de los mapuches era tarea imposible.

Esta percepción que se tuvo del indígena se formó a partir del contraste de los comportamientos que se creían apropiados a la civilización -y que, por cierto, se asociaba a los europeos— con aquellos que se observaban en las poblaciones nativas. La incapacidad del hombre para admitir la diversidad y entender al “otro”, derivó en una incompreensión del indígena que motivó esa discriminación. Sin embargo, ésta no paró allí. Para desgracia de los pueblos americanos, también fue utilizada para justificar la violencia que se ejerció contra ellos. Hay casos en que es difícil precisar si se trataba de una simple discriminación o de una evidente categorización consciente para justificar el empleo de

la fuerza y la aplicación de políticas etnocidas y genocidas.

Esta historia se volvió a repetir en Chile cuando se inició la discusión acerca de la ocupación de la Araucanía al promediar el siglo pasado. Los partidarios de la acción se empeñaron en demostrar que los mapuches constituían una horda de salvajes, incapaces de civilizarse, sobre los cuales era lícito ejercer la fuerza.

Esperar que los araucanos se civilicen, planteaba el Mercurio, en 1859, es perder el tiempo. Muchos observadores han tratado de comprender su carácter, “han creído que, estando dotados de sensaciones como todo ente, al fin se han de convencer y reducir... pero nada de esto hay que esperar de ellos como lo enseña la experiencia de siglos; pues no sólo se oponen a la civilización por la fuerza de sus pasiones y costumbres materiales con que están brutalmente halagados, sino por sus ideas morales que tienen bastante malicia y cabilosidad para discernir” (6).

La idea del indio salvaje dio paso a expresiones aún más severas.

“El indio es enteramente incivilizable —decía el Mercurio, en 1859—: todo lo ha gastado la naturaleza en desarrollar su cuerpo, mientras que su inteligencia ha quedado a la par de los animales de rapiña, cuyas cualidades posee en alto grado, no habiendo tenido jamás una emoción moral” (7).

El estado de civilización en que se quería presentar a los araucanos, decía otro redactor del Mercurio, los hacía aún más temibles, pues puede confundir a quien no los conoce. “El indio, agregaba más adelante, sin perder los instintos de una naturaleza salvaje, ha adquirido solamente los vicios de los criminales que se encuentran entre ellos” (8).

Un animal de rapiña, eso era el araucano. Se propaga la imagen de un indio limitado, borracho, astuto, falso, feroz, ingrato, vengativo, un indio maldito, a quien no se quiere exterminar, aunque se desea que desaparezca como expresión de barbarie incrustado en la civilización. Aún, se proyectó la imagen de un indio cobarde (9).

Esto último hería profundamente la sensibilidad nacional. Desde los tiempos de Ercilla, la valentía del pueblo mapuche y su heroica resistencia a la dominación española, fue motivo de admiración y fuente en la que se nutría el orgullo nacional. El Mercurio salió al paso de estas ideas, sobredimensionando la ferocidad del mapuche. Los pacíficos y nobles hijos de Caupolicán y Lautaro, los héroes de cuya defensa se han roto lanzas, escribía en respuesta a un artículo de la Revista Católica, “hoi incendian nuestras poblaciones, y sus hordas feroces las amenazan de muerte”, asesinan a los náufragos del

Joven Daniel, a indefensas mujeres como Elisa Bravo y matan traidoramente a nuestros soldados. Actúan como perfectos cobardes (10).

“Los hombres —se decía en un artículo varias veces citado— no nacieron para vivir inútilmente y como los animales selváticos, sin provecho del género humano; y una asociación de bárbaros, tan bárbaros como los pampas o como los araucanos, no es más que una horda de fieras, que es urgente encadenar o destruir en el interés de la humanidad y en bien de la civilización” (11).

Los indios pertenecían a una raza inferior con la cual no cabían contemplaciones. Años más tarde, pasadas las angustias que provocó la revolución de 1859 y el levantamiento indígena de ese mismo año, el Mercurio suavizó sus expresiones respecto de la ferocidad y brutalidad del indígena; pero, nunca dejó de transmitir la idea de un indio salvaje o un pobre indio, frente al cual la sociedad nacional tenía la obligación de actuar, para arrancarlo de la barbarie. De una u otra forma, se trataba de un ser inferior.

3. El país acosado y ultrajado.

A mediados del siglo pasado no pocos pensaban que Chile estaba formado por dos países: uno, poblado por hombres pacíficos e industriosos; el otro, por fieras que habitaban un bosque en el que sólo cabían la ferocidad y el salvajismo. Eran la civilización y la barbarie.

La lucha entre ambos fue presentada como una constante histórica, en la cual Chile representaba la civilización y el mapuche la barbarie. Era el enfrentamiento entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, el saber y la ignorancia (12). De este modo, Chile se insertaba en la historia universal, asumiendo un rol ineludible en la marcha hacia el progreso. El empleo de la fuerza encontraba una justificación superior que llenaría de orgullo a los chilenos en el porvenir, uno de los tantos mitos que de vez en cuando ha cruzado nuestra historia.

De esa convicción surgió otra: las fieras que se albergan en el bosque acosan y ultrajan a los pacíficos pobladores del mundo civilizado. Las pobres víctimas de la barbarie eran los chilenos y los victimarios, los mapuches. Fue tal vez el argumento más usado en el que se apoyaron los proyectos de ocupación de la Araucanía.

El acoso de los indios fue presentado como un peligro que llenaba de intranquilidad a los pacíficos pobladores de la frontera. Valdivia y Concepción. Son numerosos los artículos que publicó el Mercurio en esta dirección, más bien, hubo pocos en que no se tocara el punto.

Ya en 1855 las noticias que llegaban del sur se presentaban alarmantes. “Amagos de los salvajes” tituló

el Mercurio un artículo que publicó el 14 de enero de ese año, dando cuenta de los temores de los vecinos de sufrir un ataque indígena. El corresponsal de la zona incluyó una carta de una “persona respetable” en la que se hablaba de seis a ocho mil indios preparándose para caer sobre Valdivia. El respetable vecino confiaba en que el gobierno tomaría cartas en el asunto. Al año siguiente, el mismo corresponsal insistía en los temores de un ataque de los indios, “principalmente de los del norte de Valdivia, los más malos entre los araucanos” (13).

Tanto se ha hablado de los males que los indígenas acarrearán al país, señalaba otro colaborador del Mercurio, que ya nada queda por decir. “Pero, ¿en qué momentos los salvajes dejan de molestar la atención del país, agregando a la luenga cadena de males causados por ellos, nuevos y fundados motivos de hablar y proclamar su extirpación?”, se preguntaba más adelante, dejando al descubierto sus verdaderos propósitos (14).

Los indios acosaban a Chile. Durante 1857 y 1858 el Mercurio se encargó de mantener viva la idea y, en 1859, a propósito de los disturbios provocados por la revolución de ese año y el levantamiento indígena, arremetió con todas sus fuerzas. “Los bárbaros nos invaden” tituló un comentario el 30 de noviembre de 1859, en el que daba cuenta de los agravios recibidos.

“Ya no somos nosotros los que hemos ido a pedir cuenta de los agravios recibidos —decía la nota—, son ellos los que nos provocan, y no contentos con habernos inferido ultraje sobre ultraje, con haber talado nuestros campos, hecho perder las fortunas y aún las vidas de nuestros hermanos de la frontera, todavía sus depredaciones se efectúan en más grande escala, y centenares de bandidos están en acecho para lanzarse sobre las poblaciones cristianas” (15).

Actuar en contra de ellos, se decía en otra parte, es hacer uso legítimo del derecho de defensa, del derecho de nuestra propia conservación, inherente a la vida del hombre como a la existencia de un pueblo (16). Frente a la amenaza, hay que tomar medidas enérgicas, proclamaba otro colaborador y, clamando al cielo, exigía el más pronto y condigno castigo a los bárbaros que habían introducido el terror y la desmoralización en el sur (17).

Toda la sociedad chilena se encontraba amenazada. Un largo comentario sobre “Los bárbaros de Arauco”, aparecido en 1860, lo planteaba con toda claridad:

“Han vuelto otra vez los indios a comenzar sus depredaciones en pueblos de la frontera: la provincia de Arauco es nuevamente amenazada por

estos bárbaros y la inquietud y la alarma se han entendido en las poblaciones del sur”.

“Al principiar esta luna han dado su primer malón, habiendo sacrificado familias enteras de indios pacíficos, matando e incendiando” “Ya es llegado el momento de emprender seriamente la campaña contra esa raza soberbia y sanguinaria, cuya sola presencia en esas campiñas es una amenaza palpitante, una angustia para las riquezas de las ricas provincias del sur”.

“Qué familia puede estar tranquila ni entregarse con confianza a sus trabajos, si el día menos pensado una turba de malhechores salvajes llega a sus puertas, incendia sus propiedades y las hace perecer en el martirio, sin respetar a las mujeres, a los ancianos y a los niños?”. “Un estado de cosas semejante es imposible que pueda permanecer por más tiempo sin herir de muerte los más caros intereses de la sociedad chilena, sin sublimar los sentimientos de la nación, sin irritar los ánimos y exasperar” (18).

A la idea del país acosado y amenazado por los mapuches se agregaba la idea del país ultrajado y herido en su dignidad por una horda de salvajes. La actitud de los indígenas y la indolencia del gobierno, había dicho el Mercurio en 1856, han comprometido el honor nacional (19). No castigarlos reflejaría un temor que podría alentar más sus insolencias (20). “Es una vergüenza para Chile, se decía en otra parte, que permanezca hasta cierto punto tributario de esas hordas indómitas, que nos amenazan con su barbarie y que tienen en constante jaque a las poblaciones fronterizas” (21).

En otro artículo, publicado en 1859, el periódico de Valparaíso expresó, aún con mayor nitidez, esta idea de país ultrajado. El texto habla por sí mismo:

“¿Y cómo responderá la República a los repetidos ultrajes de que son víctimas los indefensos pueblos del Sur? ¿Cómo tratará a los asesinos que se ceban en la vida de nuestros hermanos, satisfaciendo sus instintos feroces como salvajes? ¿Cómo a esos ladrones que se apoderan de las propiedades de ciudadanos chilenos? ¿Cómo, en fin, a aquellos que llevan en una mano la lanza para matar y en la otra la antorcha incendiaria para destruir las habitaciones cristianas? ¿Iremos a ofrecerles paga y recompensas, como lo hemos hecho hasta aquí? ¿Irán la bandera de la República a prosternarse sumisa ante la planta indómita de un estúpido y cruel agresor? ¿Iremos a decirles que tengan compasión de nosotros, y que por caridad no nos maten? ¿Les pedimos perdón por

sus ultrajes, dándoles una satisfacción por sus tropelías? Y nosotros que tenemos la fuerza, seremos los que sufriremos la humillación” (22).

¡No!, agregaba más adelante el articulista, la paciencia tiene su límite y si la llevamos al exceso puede degenerar en debilidad y degradación. A esos pueden conducir los salvajes araucanos que han convertido nuestra Constitución en mentira (23).

Pocas veces, como en esta oportunidad, las cosas se han presentado exactamente al revés. El país, que había continuado la política de hostigamiento a los mapuches, exponiendo a los indígenas a todo tipo de atropellos y aún a su exterminio físico y cultural y que descaradamente pretendía apropiarse de sus tierras, las más feraces de todas, según el propio Mercurio, se presentaba como acosado y ultrajado por aquellos que resistían la conducta expansionista de los grupos interesados en apropiarse de sus tierras.

El Mercurio no era toda la sociedad chilena ni representaba todas las opiniones que se expusieron respecto del problema de Arauco; sin embargo, interpretaba los intereses de aquellos sectores que veían con preocupación la indolencia del gobierno frente a un territorio que ellos necesitaban para reactivar una economía postrada por la crisis. No eran los mapuches los que acosaban y ultrajaban a ese sector; eran la crisis económica, los desajustes políticos del 59 y la acción cada vez más competitiva de los inversionistas extranjeros. Acorralados en Valparaíso por aquellos factores, encontraron en el Mercurio un vocero para exponer sus puntos de vista y tratar de convencer a sus lectores que la causa de ellos era la causa de Chile. Por eso, no trepidaron en asumir la bandera de la justicia y la civilización, del honor herido y la reivindicación de un Chile que debía sobreponerse a los ultrajes, sentando soberanía en todo su territorio.

4. La idea de la raza superior

La ocupación de la Araucanía no podía ser sólo tarea de chilenos. En el país, la mano de obra era escasa, no siempre se la consideró adecuada para una obra de este tipo y, según opinión de muchos, la empresa requería de individuos de temple especial: los inmigrantes europeos. Este fue el punto de partida de otro de los pilares básicos de la ideología de la ocupación: la convicción de una supuesta superioridad del europeo y de la raza blanca sobre los indígenas y, en ciertos casos, sobre los chilenos.

Desde el siglo XVIII existía plena conciencia en Chile de que nuestra población era escasa. En 1752, el jesuita Joaquín de Villarreal calculó que el país podía sostener unos 12 millones de habitantes, teniendo apenas 250 mil. Casi cincuenta años después, el abogado arequipeño Miguel José de Lastarria, secretario del

gobernador Avilés, repitió las mismas expresiones y, en 1803, don Juan Egaña comparó al país con un inmenso dragón que habitaba una fecunda naturaleza que no podía gozar por sus escasos brazos y las pocas luces de sus moradores (24).

Durante los primeros años de la república el tema se volvió a discutir. En una Memoria de Prueba leída ante la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, Vicente Sanfuentes reconoció la necesidad que tenía el país de aumentar su población y recomendó una política de colonización que asentara a inmigrantes extranjeros en Chile (25). El gobierno ya se había pronunciado en favor de esa política, encargando a Bernardo Philippi, en calidad de agente en Europa, de promoverla en el Viejo Mundo (26). Existía la convicción de que el europeo era lo que el país necesitaba para resolver el problema de la escasa población y casi nula ilustración del chileno. Chile, decía un articulista del Ferrocarril en 1857, necesita máquinas e inteligencia. Para conseguir la segunda, nada le parecía más recomendable que traer trabajadores extranjeros dispuestos a instalarse en el país (27).

Cuando se discutió la ocupación de la Araucanía, se tuvo en cuenta el aporte que podrían hacer esos inmigrantes. La colonización extranjera parecía una buena solución para conseguir la incorporación de esos territorios. Sin embargo, a propósito de esas iniciativas, se fue generando la idea de que el europeo pertenecía a una raza superior y que el indígena y el chileno necesitaban de él para salir de la barbarie y de los vicios morales que se atribuían a nuestra población.

Quien mejor resumió esos planteamientos fue un articulista del Ferrocarril, al comentar unas opiniones de Gustavo Courcelle Seneuil relativas a la crisis económica, en 1858. Chile, decía en aquella oportunidad, necesita nuevos productores que vengán a explotar nuestros campos. El estado primitivo en que se encuentran, nos pone en la obligación de tratar una cuestión primordial a la cual nuestros estadistas no han dado la importancia que merece: la inmigración europea (28).

La Providencia, señalaba en otra parte, ha sido generosa con el país, dotándolo de variados temperamentos, fecundidad de suelos, facilidades para la irrigación y dulzura de clima. Corresponde a los chilenos retribuir a estos favores, como un deber de justicia y humanidad, trayendo inmigrantes europeos.

“La Europa, decía textualmente, con una población superabundante, parece al presente destinada a rejenerar la especie humana, por una continua emigración que obliga a sus hijos a esparcirse por todo el globo en busca de una posición menos precaria...

Cualquiera de los 8 estados de América que vaya a su encuentro, que les tienda una mano protectora, que les facilite el transporte a estas rejiones, recibirá la más amplia indemnización en bienes morales, i en el desarrollo inmediato de su riqueza i de su fuerza; encontrará algo más que el secreto de la maravillosa prosperidad material de los Estados Unidos” (29).

La idea de que el europeo podía mejorar la calidad del chileno fue retomada por el Mercurio durante el debate acerca de la ocupación de la Araucanía en 1858. En su condición actual, decía uno de sus columnistas, nuestra gente de campo no es mucho mejor que los araucanos; cualesquiera que sean sus ganancias, siempre permanece en su estado normal de miseria e indigencia. El contacto con hombres pobres como ellos, pero capaces de sacar provecho a los elementos que están al alcance de todos, tendrá que hacerlos mejor. El ejemplo de trabajo y previsión tendrá que transmitirse a los nuestros. “He aquí, afirmaba el redactor del Mercurio, el más estimable de los muchos bienes que acarreará la emigración de la clase pobre de Europa” (30).

Los extranjeros nos dan la vida, decía otro de sus colaboradores en 1859, “ellos pulen nuestras costumbres, modifican nuestros hábitos y con su trato adquirimos luces y experiencia” (31). Al año siguiente se recomendaba su traída a la Araucanía, para que con sus hábitos de trabajo y civilizadas costumbres completaran el triunfo alcanzado por las armas chilenas (32). Sin duda, el Mercurio confiaba en los beneficios de una alianza entre la fuerza y la supuesta superioridad del europeo.

Tales planteamientos dieron paso a una concepción aún más radical: la idea de una supuesta superioridad de la raza blanca.

En el otro extremo de la balanza, frente al indómito araucano, bárbaro y feroz, con un cerebro a la altura de un animal de rapiña, aparecía un inmigrante que no sólo podía civilizarlo, sino arrastra hacia el progreso a toda nuestra gente, tan cercana a la barbarie como el propio indígena. Los indios no son tan valientes como se cree, decía un corresponsal de Valdivia en un ejemplar del Mercurio que se publicó en 1859. Además, se encuentran divididos, sin armas ni disciplinas, “y, en caso de resistencia no será gran cosa darles una lección bien merecida y hacerles sentir la superioridad de la raza blanca” (33).

En una actitud de verdadera renuncia a nuestra propia identidad, los articulistas del Mercurio, testimoniaban otro de los imaginarios que se ha conservado a lo largo de nuestra historia: la convicción de que lo propio es inferior en relación a lo que viene desde afuera. Esa convicción, encarnada en los valores que se le atribuían a los extranjeros, los hacía aparecer superiores a los nuestros y muy apropiados para impulsar

el progreso del país. En opinión de los hombres que escribían en el Mercurio, no sólo serían útiles para la ocupación de la Araucanía y la civilización de los mapuches, sino también, para regenerar nuestra especie, tan necesitada de la tenacidad, esfuerzo y ejemplo emprendedor del europeo.

Sin duda, quienes escribían en el Mercurio y en el Ferrocarril, se ponían al margen de la sociedad indígena y de la sociedad mestiza y se situaban junto a los blancos, a quienes consideraban superiores. Por eso no tenían reparos en recomendar el empleo de la fuerza contra los mapuches y, aún, su extinción. No se estaban “matando” a sí mismo ni tampoco al país, sólo querían liquidar a la raza inferior que entorpecía nuestro progreso y avergonzaba al país. Su remplazo por hombres superiores sólo resumía la utopía de querer construir un Chile sin aceptarnos como somos. El etnocentrismo del europeo del siglo XVI, punto de partida de una historia de discriminación y negación del mundo indígena y mestizo, afloró a mediados del siglo pasado, cuando el país discutió el problema de la crisis económica y la ocupación de la Araucanía. Tal vez, una actitud escapista por la que hemos transitado cada vez que nos miramos al espejo y descubrimos nuestros rasgos indígenas y mestizos, tan difíciles de ocultar.

NOTAS

- (1) Véase los trabajos de Sergio Villalobos publicados en Relaciones fronterizas en la Araucanía, Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 1982, y, Araucanía, temas de historia fronteriza. Ediciones Universidad de la Frontera. Temuco. 1985; Arturo Leiva, El primer avance a la Araucanía, Angol 1862, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1984 y José Bengoa, Historia del pueblo mapuche, siglos XIX-XX, Ediciones Sur, Santiago, 1985.
- (2) “Comunicado de Arauco”, El Mercurio, 30 de enero de 1856.
- (3) “La Campaña de Arauco”, El Mercurio, 27 de agosto de 1859.
- (4) “Memoria que el juez letrado interino de la provincia de Arauco (Salvador Cabrera) presenta al Señor Ministro de Estado, 1856. En El Mercurio, 16 de enero de 1857.
- (5) “Valdivia. Correspondencia del Mercurio. Una cuestión de primera importancia”, 5 de julio de 1859.
- (6) “Los Araucanos”, 14 de mayo de 1859.
- (7) “La Conquista de Arauco”, 24 de mayo de 1859.
- (8) “Ojeada sobre la provincia de Arauco”, 4 de julio de 1857.
- (9) “Los Araucanos”, El Mercurio, 10 de mayo de 1859. La idea de un indio maldito en El Mercurio, 11 de junio de 1856 (Concepción. Correspondencia del Mercurio, ¡Arjentinos!, ¡Alerta!).
- (10) “Los bárbaros nos invaden, 30 de noviembre de 1859 y “Los Araucanos”, 7 de junio de 1859. La cita entrecorrida pertenece al primer artículo.
- (11) “La Conquista de Arauco”, 24 de mayo de 1859.
- (12) “La civilización y la barbarie”, El Mercurio, 25 de junio de 1859.
- (13) “Valdivia. Correspondencia del Mercurio. Memoria sobre las necesidades de más urgente remedio y medidas que convienen a la provincia de Valdivia”, 30 de octubre de 1856.
- (14) “Concepción. Correspondencia del Mercurio”, 10 de enero de 1856.
- (15) El Mercurio del Vapor, 30 de noviembre de 1859. El Mercurio del Vapor aparecía cada 15 días y está encuadrado en la Biblioteca Nacional junto al Mercurio de Valparaíso.
- (16) “Los Araucanos”, 7 de junio de 1859.
- (17) “Concepción. Correspondencia del Mercurio”, 15 de diciembre de 1859.
- (18) El Mercurio, 1 de noviembre de 1860. El subrayado es nuestro. Estos planteamientos no fueron compartidos por todos los chilenos en el siglo pasado. La Revista Católica salió al paso del Mercurio y del Ferrocarril, criticando ácidamente sus propuestas. Abogó por el respeto a la independencia de los mapuches y acusó a sus detractores de querer instaurar una nueva civilización basada en la crueldad y el pillaje. Decía que ambos diarios ofendían con sus planes el buen sentido, la dignidad humana y el honor nacional. Véase nums. 588 al 590 de 1859.
- (19) “La Conquista de Arauco”, 12 de febrero de 1856.
- (20) “Valdivia. Ejército permanente”, El Mercurio, 26 de marzo de 1857.
- (21) “Los Araucanos”. El Mercurio, 10 de mayo de 1859.
- (22) “Los Araucanos”, 29 de julio de 1859.
- (23) El articulista exigía que se hiciera respetar en Arauco las leyes chilenas. La idea de que la Constitución no se cumplía en la zona y que allí era una mentira en “La Civilización y la Barbarie”. El Mercurio, 25 de mayo de 1859.
- (24) Las cifras y las fuentes en Jorge Pinto. La población del Norte Chico en el siglo XVIII, Talleres Gráficos de la Universidad del Norte, Coquimbo, 1980, p. 36.
- (25) Anales de la Universidad de Chile, Nro. 4, Valparaíso, 1861, pp. 383-411.
- (26) Memoria del Ministerio del Interior (Antonio Varas), Santiago, 15 de agosto de 1850. Imprenta de la Sociedad, Santiago, 1850.
- (27) El Ferrocarril 25 de septiembre de 1857.
- (28) “Observaciones a los escritos de Mr. Courcelle de Seneuil”, 20 de enero de 1858.
- (29) Id., El remarcado es nuestro.
- (30) Concepción. Correspondencia del Mercurio, 4 de noviembre de 1858.
- (31) “El interés del pueblo”, 11 de marzo de 1859.
- (32) “Los bárbaros de Arauco”, El Mercurio, 1 de noviembre de 1860.
- (33) Valdivia. Correspondencia del Mercurio. Los Araucanos, 5 de julio de 1859.